

CAPITULO XIX.

Luchas entre pompeyanos y cesarianos.— Victoria de César en la Citerior.— Varron en la Bética.— Su conducta.— Triunfo moral sobre Varron.— Noble y reparadora conducta de César en la Bética.— Partida de César a Italia.— Casio Longino en la Ulterior.— Insurrección contra Longino.

Después de haber espirado el año consular de César, distribuyese el mando de los dominios de Roma entre los triunviros. Tocóle á César el gobierno de las Galias y la Iliria; el de Egipto, la Siria y la Macedonia correspondió á Craso, y á Pompeyo el de la Iberia.

Brillantes fueron los triunfos de César sobre los galos, á pesar de los muchos españoles que cruzaron los Pirineos y acudieron en defensa de aquellos pueblos. Dicese que cincuenta mil cántabros pasaron entonces á la Galia, capitaneados por varios jefes ejercitados en la escuela de Sertorio.

La muerte de Craso, ocurrida en el año 57, disolvió el triunvirato, y César y Pompeyo quedaron solos en el mando del inmenso territorio que poseía á la sazón la soberana del Capitolio.

Craso había sostenido varias luchas y acumulado muchos tesoros en España. Dicese que esta circunstancia le permitió cierto día dar un banquete á todo el pueblo romano y distribuir á cada ciudadano una cantidad de trigo suficiente con que alimentarse por espacio de tres meses.

El genio ambicioso é indomable de César, sobre todo después de sus victorias en las Galias, no podía sufrir ya la sombra de Pompeyo en el poder, y aspiraba á empuñar solo las riendas del gobierno del mundo. La muerte de su hija Julia, casada con Pompeyo, dió al traste con la aparente amistad que los dos triunviros se profesaban mutuamente.

Desgraciadamente, debía ser España el teatro de las luchas entre los dos generales que se disputaban el cetro del universo.

Pompeyo alcanzó del Senado romano un decreto para que César resignara el mando del ejército. Pero el vencedor de las Galias, en vez de obedecer, exigió que su rival se amoldara á la misma ley, y cruzó con sus tropas el célebre Rubicon, término de las provincias de su mando, y cuyo hecho implicaba una usurpación territorial ó rebeldía para el Gobierno de Roma.

Muy al revés de lo que esperaba, Pompeyo se vió obligado á huir de Roma y á ceder el campo á su orgulloso rival.

Con la retirada de Pompeyo, César quedó de dictador en Roma. Desde entonces pensó en pasar personalmente á nuestra Península, que gobernaban á la sazón varios generales de Pompeyo, y á los cuales este había dado orden de reunir todas sus tropas en puntos estratégicos, á fin de impedir la invasión de las legiones de César.

Confióse á Varron el mando de la Ulterior, mientras que Afranio se dirigía con fuerzas considerables hacia Lérida, y estableció sus reales á orillas del Segre.

Parece que Varron debía enviar una flotilla desde Cádiz para detener á César, quien desembarcó en Ampurias sin obstáculo alguno y se dirigió hacia el Ebro. La falta de Varron permitió entrar, pues, libremente en España, no solo al dictador, si que también á su general Fabio, quien, con otro cuerpo considerable de ejército, penetró por los Pirineos y fué á acampar en la confluencia de los ríos Segre y Cinca. En los primeros encuentros y escaramuzas los de Fabio obtuvieron alguna ventaja.

Lérida era el cuartel general de los pompeyanos.

Al reunirse César con el ejército de Fabio, parece que llevaba consigo novecientos jinetes, y formó el proyecto de incomunicar á los enemigos de las cercanías de Lérida con los moradores de dicha ciudad. Empeñóse un vivo combate con este motivo, y los de César, á pesar de haber perdido mucha gente, pudieron avanzar en persecución de los pompeyanos casi hasta el cuartel general de estos. No tardaron los perseguidores en apercibirse de que habían ido demasiado léjos, pues una nueva fuerza enemiga cayó sobre ellos, rompió sus filas y recobró la posición perdida.

En extremo crítica vino á ser entonces la situación de César y los suyos, encerrados entre los dos ríos, cuyas corrientes se habían acrecido considerablemente á causa de las copiosas lluvias primaverales y el derretimiento ó fusión de las nieves pirenaicas. Arrastrados los puentes por las aguas, quedaba cortada toda comunicación con la orilla opuesta, donde veían llegar los carros (cargados de víveres) procedentes de la Galia, sin que pudieran aprovecharse de ellos y corriendo el grave riesgo de ser capturados por el enemigo.

Empero el animoso César no se arredró por dicha circunstancia, sino que, haciendo construir un ingenioso y ligero puente, logró cruzar el Segre con parte de sus tropas y sin ser visto del enemigo. Por este medio pudieron avituallarse y tomar algunas posiciones ventajosas.

Pronto se halló César en estado, no solo de defenderse, sino aun de atacar á los pompeyanos, á los cuales derrotó y puso en fuga, gracias sin duda á la excelente y numerosa caballería que le vino de las Galias.

Como para que el triunfo de César fuese mas completo y seguro, difundióse entonces por toda España la noticia del desastre marítimo sufrido por las naves pompeyanas en las aguas de Marsella, en un combate con la escuadra del dictador. Ya no fue necesario mas para que muchos pueblos de la España Citerior, entre ellos los lacetanos, ausetanos (hoy vicenses), cosetanos é ilervaco-

nes, se declararan á favor de César. Tarragona misma ofreció su amistad al rival de Pompeyo.

La situación de los pompeyanos en la Citerior era de cada día mas desesperada. En vista de ello, Afranio y Petreyo resolvieron llevar la guerra á la Celtiberia, donde contaban con muchos partidarios. Empero, para ejecutar dicho movimiento tenían forzosamente que cruzar el Ebro. Parece que los de Pompeyo cruzaron aquel río por Octogesa, que se cree corresponde al actual pueblo de Mequinzenza.

Las evoluciones y maniobras de César fueron entonces tan hábiles y activas, que en poco tiempo lograron reducir al enemigo á tal extremo, que durante tres días estuvo enteramente cercado, falto de agua y de víveres, viendo infructuosos sus esfuerzos para romper las filas cesarianas y retroceder hacia sus cuarteles de Lérida, y finalmente tuvo que capitular.

César había logrado el objeto que se proponía, es decir, vencer á los pompeyanos casi sin derramamiento de sangre. Concedióles la capitulación bajo juramento de que regresarian tranquilamente á sus hogares y no volverían á hacer armas contra su vencedor. Aceptaron los de Pompeyo dichas condiciones y las cumplieron.

Ya no quedaban mas pompeyanos en España que Varron y los suyos en la Bética.

Dicese que Varron era hombre cuyo ánimo se inclinaba hacia el lado de la fortuna. Al saber los primeros triunfos de César sobre los generales Afranio y Petreyo, fingióse amigo del vencedor. Acaso este fue el motivo de no haber acudido con la pedida flotilla para impedir el desembarque del dictador en Ampurias. Los apuros en que se vió César poco después hicieron variar á Varron de política.

La conducta de Varron en la Ulterior no era la mas á propósito para granjearse el aprecio de los pueblos que gobernaba. Por eso, probablemente, el llamamiento que hizo el victorioso César á dichos pueblos tuvo un eco extraordinario.

A pesar de los muchos aprestos bélicos que dispuso Varron para la defensa de sus provincias, las naves que mandó construir en Cádiz y Sevilla, los veinte y cinco mil hombres de que disponía y los tesoros que extrajo del templo de Hércules Gaditano, á la aparición del rival de Pompeyo en la Ulterior, vió eclipsarse completamente la estrella de su suerte, y tuvo que pasar por duras pruebas y harto merecidas humillaciones.

Córdoba se apresuró á abrir sus puertas á César y las cerró á Varron. En Carmona los habitantes arrojaron á la guarnición pompeyana. En Sevilla reciben á una legión, compuesta de cinco mil hombres, por haber abrazado el partido de César. Muchas ciudades, entre ellas Cádiz, mandan representantes al vencedor de las Galias.

Al verse enteramente perdido y sin escapatoria por ninguna parte, Varron solicita el perdón de César. Este se le otorga bajo la condición de darle estricta cuenta de la inversión de los fondos públicos, y de entregarle las naves, dinero, trigo, etc., de que Varron disponía.

Con tal motivo Córdoba presenció un espectáculo muy digno para los vejados pueblos, pero sumamente vergonzoso para el vencido. Este fue obligado á comparecer ante la asamblea de los delegados de muchas ciudades de la Bética y á declarar en ella su culpabilidad.

Entonces César hizo la solemne promesa de restituir á los pueblos todo el dinero de que se les había despojado arbitrariamente. Prendados quedaron dichos representantes de la noble conducta del vencedor en aquella ocasión.

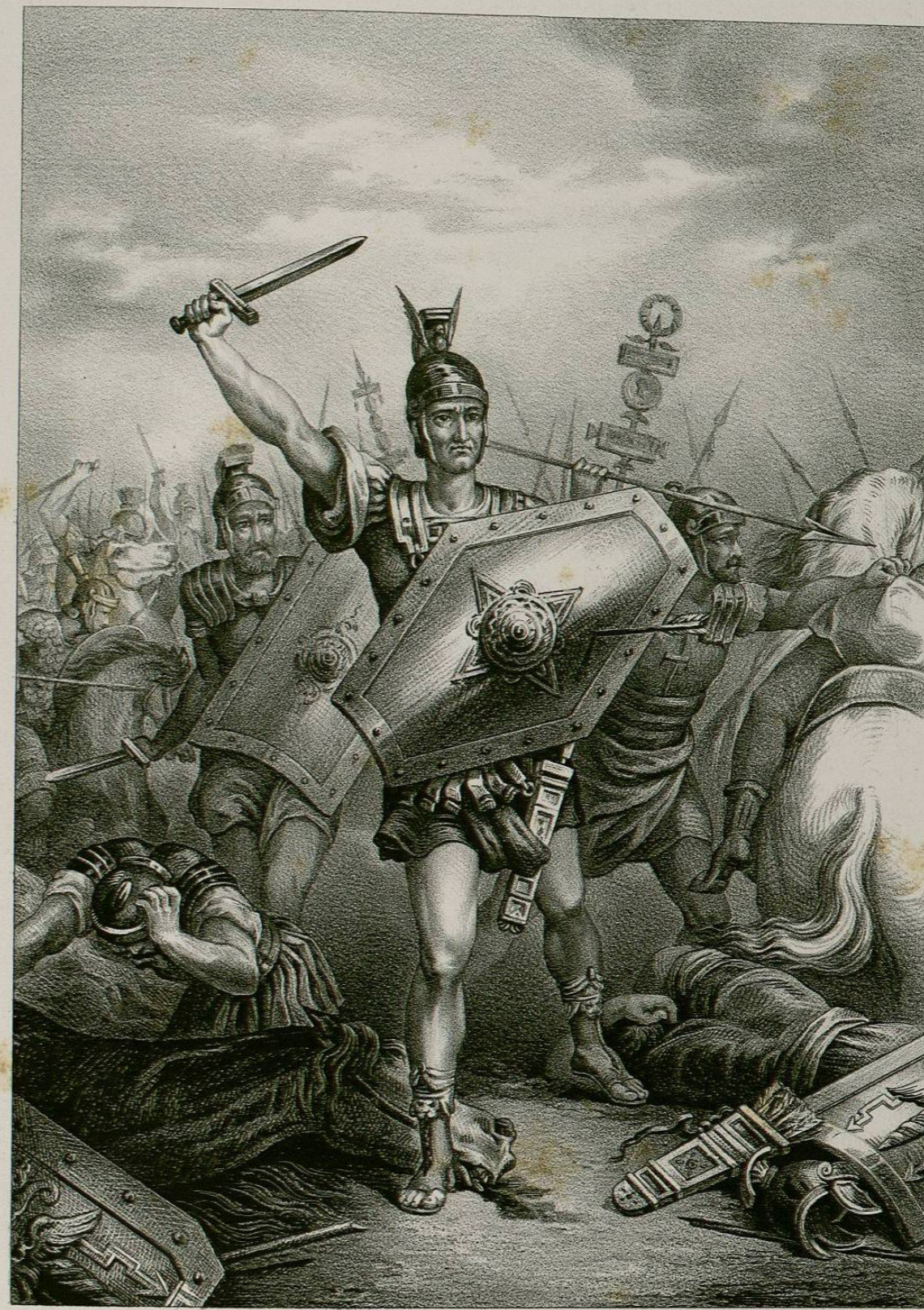
Desde Córdoba pasó César á Cádiz, cuyos moradores le dispensaron la mas amistosa acogida. Devolviéronse al templo de Hércules todas las alhajas extraídas por Varron; promulgáronse algunos edictos de utilidad pública, y por último el agradecido César concedió el título de ciudadanos romanos á todos los gaditanos, privilegio muy envidiado en aquel tiempo.

Después de esto, César se embarcó para Italia en la misma flota construida por Varron, dejando el gobierno de la Ulterior á Q. Casio Longino y á Marco Lépidio el de la Tarraconense (1).

Sabidas son las victorias que César alcanzó en aquella época, ó sea hacia el año 48 antes de Jesucristo. Pompeyo fue vencido en la célebre y decisiva batalla de Farsalia, cuyos campos, sembrados de cadáveres, dicese que hicieron llorar al mismo vencedor. El rey de Egipto, el del Bósforo, el de Armenia y el de la Mauritania, proporcionaron abundantes laureles al victorioso General, en cuyas manos se hallaban ya los destinos del universo.

Entre tanto, en la España Ulterior, Casio Longino, despreciando las instrucciones de César, irritaba los ánimos de sus gobernados con sus crueldades y sus onerosos tributos. Tan desatentada conducta ocasionó una conjuración contra la vida del tirano, quien cierto día fue herido alevosamente, y á duras penas logró escapar vivo de las manos de los conspiradores.

(1) Reina alguna vaguedad acerca del modo con que se efectuó el tercer regreso de César á Roma. Mientras unos suponen que fué por mar desde Cádiz á Marsella, cuya última ciudad conquistó entonces, otros dicen que la navegación terminó en Tarragona, y que el resto del viaje lo hizo por tierra.



JULIO CÉSAR EN LA BATALLA DE MUNDA.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO XX.

Lépido.— Marcelo.— Cneo y Sexto Pompeyo.— Cuarta venida de César a España.— Barbaridades de los cesarianos en Attegua y Ucubi.— Famosa batalla de Munda.— Asesinato de Cneo Pompeyo.— Ocultamiento de Sexto en la Celtiberia.— Sitio y rendición de Munda.

CÓRDOBA se declaró en rebelión contra el codicioso Longino, quien llamó en su auxilio al rey de la Mauritania y a Lépido, pretor de la Tarraconense.

Hasta la llegada de Lépido no quedó enteramente sofocada aquella insurrección. Pero dicho pretor, examinando imparcialmente el origen de aquellos disturbios, se puso de parte de los cordobeses y aconsejó a Longino que huyera si no quería perecer (1).

Próximo a espirar el tiempo de su pretura, y viéndose rodeado de enemigos por todas partes, Longino se embarcó en Málaga para Italia, llevando consigo el fruto de su codicia. Un furioso temporal que sobrevino cerca de la embocadura del Ebro acabó con la vida del odiado pretor, que fue sumergido por las olas con todas sus malhadadas riquezas.

Marco Marcelo, oficial distinguido ó cuestor (que se había puesto al frente de los insurrectos), fue condenado al destierro, que luego le alzó la clemencia de César.

César se hallaba ya en Roma gozando los honores de sus innumerables triunfos. Había ya derramado lágrimas en Egipto al presentarse la ensangrentada cabeza de su rival, el gran Pompeyo, vilmente asesinado por el rey Tolomeo; y de sus labios habían salido también aquellas famosas palabras: *Veni, vidi, vici*, modelo de expresivo laconismo con que participaba á Roma la noticia de una de sus mas brillantes victorias.

La dictadura de César prorogóse por algunos años. Parecía entonces que el mundo tomaba un corto reposo de sus interminables y encarnizadas luchas. Sin embargo, los dos hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto, no cesaban de atizar el fuego de las apenas extinguidas guerras, fomentando en todas partes enemistades contra el vencedor de su padre.

La España fue escogida, como sucedía muchas veces, para teatro de las nuevas luchas. Cneo vino á nuestra Península acaudillando el ejército de tierra, mientras que Sexto, al frente de una armada, secundaba los movimientos de su hermano.

La importancia de la guerra pompeyana, que retoñaba en la Iberia, obligó á César á pasar por cuarta vez á nuestro suelo.

Rápida fue la marcha de César por las provincias hispanas, de suerte que en pocos dias se halló cerca de Córdoba, ocupada á la sazón por Sexto Pompeyo. Entre tanto, Cneo estaba sitiando á Ullia (hoy Montemayor).

La asombrosa y proverbial actividad de César al principiar aquella campaña desconcertó sobremanera á los dos Pompeyos. Para mayor desaliento de estos, su escuadra acababa de ser batida por Didio en las aguas de Carteya, no obstante la pericia de Varo.

A pesar de las muchas ciudades que de grado ó por fuerza habían conquistado los hijos de su rival, la sola presencia de César bastó para que no pocas de ellas se declararan de nuevo á su favor.

Hay ciertos hombres privilegiados que parecen estar dotados de una misteriosa é irresistible fuerza magnética para atraerse los ánimos: de este número era César.

La guerra entre César y los hijos de Pompeyo fue de las mas sangrientas que tuvieron lugar en España. En los sitios de Attegua, cerca de Córdoba, y de Ucubi ó Attubi, hubo escenas cuyo horror demuestra lo que pueden el odio mas concentrado y la mas refinada barbarie.

Cuéntase que, durante el primero de dichos cercos, Numacio Flacco, encargado de la defensa de aquella plaza, degolló inhumanamente á todos los habitantes partidarios de César, y las mujeres que se hallaban en el campo de este general. Hasta los niños fueron objeto de la crueldad de Numacio, quien, despues de haberlos hecho arrebatar de los brazos de sus madres, ordenaba enterrarlos vivos ó atravesarlos á lanzadas en presencia de estas.

César deseaba presentar una batalla á los Pompeyos, pero estos evitaban siempre encontrarse frente á frente con el vencedor de su padre.

Despues de alzado el sitio de Ucubi, Cneo y Sexto, rechazados por las tropas de César, fueron á fijar sus reales en las llanuras de las cercanías de Munda (2). César iba siguiendo sus pasos.

En dicha llanura se encontraron, por fin, los dos ejércitos, ansiosos ya de venir á las manos. De aquel inminente y formidable combate dependía, no solo la suerte de España, sino la del mundo entero.

Parece que las fuerzas se hallaban equilibradas. Sin embargo, en este punto no andan muy acordes los historiadores. Lo mismo sucede con respecto á las tropas auxiliares: quien dice que los dos príncipes africanos, Bochio y Bogud, pelearon á favor de César; quien refiere que cada uno de ellos militaba en distinto campo.

Los pompeyanos, que fueron los primeros en llegar al memorable sitio del inevitable combate, se posesionaron de una eminencia, lo cual constituía para ellos una gran ventaja, que podia compensar, hasta cierto punto, la inferioridad de sus fuerzas res-

pecto de las del enemigo, dado caso de que dicha desproporcion existiera.

Empezó, pues, la lucha con un encarnizamiento inaudito. Durante mucho tiempo estuvo indecisa la suerte de la batalla, siendo igual el ardor con que luchaban entrambos ejércitos.

Horrible debía de ser el incesante y estrepitoso choque de las lanzas, espadas y escudos, mientras que el estremecido suelo se iba cubriendo de cadáveres é inundando de sangre. Llegó un momento en que los de César iban á volver la espalda. Entonces fue cuando el vencedor de Pompeyo, poseído de una especie de frenesí, se apeó de un brinco, y arrancando el escudo de uno de sus soldados, se lanzó como un tigre furioso sobre el enemigo, arras-trando en pos de sí á sus desalentadas huestes, que se electrizaron con las palabras y el ejemplo de su esforzado capitán. Dicha circunstancia, y el haber atacado repentinamente el africano Bogud los reales de Pompeyo (que suponía mal guardados), inclinó la victoria hácia la parte de los cesarianos. Labieno, uno de los jefes pompeyanos, conociendo las intenciones de Bogud, salió á cortar-le el paso; pero las legiones de aquel, creyendo que huía, se desalentaron y desbandaron completamente. El mas espantoso desórden y carnicería hubo entonces en las rotas filas de los fugitivos, perseguidos por sus victoriosos enemigos. Treinta mil infantes y tres mil jinetes quedaron de los pompeyanos en el campo de batalla. El mismo César confesó que nunca había visto mas comprometida su suerte que en las llanuras de Munda, y que, si bien en otras partes había luchado por la victoria, allí luchó principalmente para salvar su vida.

Aquella sangrienta jornada, que costó tambien no pocas víctimas á los de César, tuvo lugar hácia el año 40 (sería mas bien el 46) antes de Jesucristo. En testimonio de dicho acontecimiento se conserva una inscripcion concebida en estos términos (1):

BELLUM
CÆSARIS. ET. PATRIÆ
EX. MAGNA. PARTE
CONFECTVM. FVIT
S. ET. CN.
M. POMPEII. FILII
HIC. IN. BASTETANO
PROFVGATIS.

«Vencidos aquí, en el campo Bastetano, Sexto y Cneo, hijos del gran Pompeyo, se ha acabado en gran parte la guerra de César y de la patria.»

Despues de la derrota, Cneo á duras penas consiguió su salvacion, y se dirigió á Carteya con un corto número de jinetes. Su hermano Sexto buscó un refugio en Córdoba.

Cneo, herido en el desastre de Munda, desde Carteya, ó Tarifa, hizo-se á la mar en una armada que tenía aparejada para cualquier evento. Su intencion era probablemente pasar á la Celtiberia, donde contaba aun con un buen número de adictos. Didio y Cesonio, por orden de César, persiguieron con sus galeras á la flotilla enemiga, cuyas naves quemaron ó destruyeron. Cneo pudo saltar en tierra y esconderse en una gruta, donde fue descubierto por un soldado. Cesonio cometió entonces la barbaridad de decapitar al fugitivo Cneo y presentar su cabeza al vencedor de Munda, quien prohibió que fuese expuesta ante el público.

Sexto, que tampoco se creía seguro en Córdoba, con cualquier pretexto ó estratagema abandonó esta ciudad y se ocultó en la Celtiberia, esperando ocasion mas oportuna para desquitarse del terrible descalabro que acababa de sufrir.

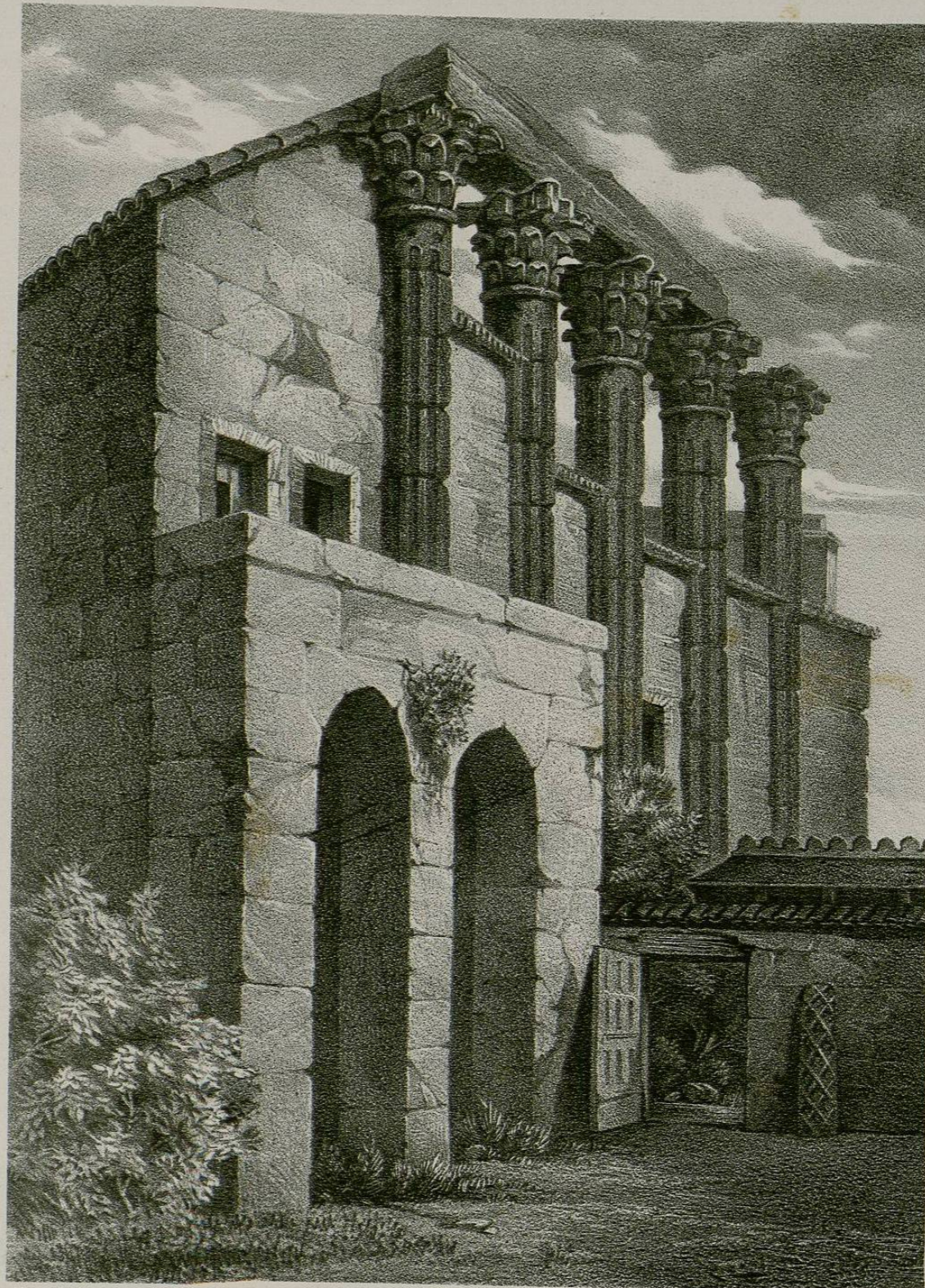
En Munda se refugiaron muchos de los dispersos pompeyanos, mientras que eran perseguidos y exterminados por el enemigo. Esta circunstancia determinó á César á atacar dicha ciudad. Parece que, durante el bloqueo, y sin duda para atemorizar á los sitiados, los cesarianos llevaron su barbarie hasta el punto de decapitar á los treinta mil cadáveres del campo de batalla, á travésarlos con sus mismas lanzas, y formar una especie de trinchera de cabezas humanas en derredor de la plaza.

Larga y desesperada fue la resistencia de los defensores de Munda, pero al fin sucumbieron todos y la desierta ciudad cayó en poder de Q. Fabio, general de César.

No eran infundados los temores de Cneo al abandonar á Córdoba. No transcurrió mucho tiempo sin que dicha ciudad se viera cercada por César y sus legiones.

Por otra parte, desde su victoria de Munda, parecía que los sentimientos nobles y magnánimos se habían extinguido por completo en el pecho del hombre que podia considerarse entonces el soberano del mundo. César no era ya aquel general clemente, generoso, reparador de las violencias é injusticias de los suyos, sino que (como se observó igualmente en Sertorio al despuntar el caso de su vida) se había obrado la mas asombrosa metamorfosis en su carácter, degenerando de bondadoso, en cruel, de justiciero, en tirano.

(1) Nota á la *Historia de España* del P. Mariana, tom. I, lib. III, cap. XX, pag. 87.



RUINAS DEL TEMPLO DE DIANA EN MÉRIDA.

Riera Editor, Barcelona, Rabador, 24 y 26.

(1) Este consejo solo lo hemos sabido ver en la *Historia de España* de D. Modesto Lafuente, tom. I, lib. II, cap. VI, pag. 309.

(2) Reina alguna oscuridad acerca el punto que ocupaba la antigua Munda, ciudad importante á la sazón. Mientras que unos la suponen á cinco leguas de Málaga, otros opinan que corresponde á la actual Montilla, derivado por corrupcion de *Munda illa*.